

llos siguieron relinchando y tirando de los ronzales. Las nubes habían desaparecido y las estrellas brillaban reflejando en las aguas su débil luz. Un aullido lejano se sintió. Tchuck-a-bua anunció que otra manada de lobos se aproximaba. Cuando estuvieron muy cerca de nosotros, los que estaban en acecho á nuestro alrededor comenzaron á gruñir como dando á entender que allí estaban ellos. Como era absolutamente necesario procurarnos alguna leña, cuatro de nuestros hombres fueron á buscarla á lo largo de las orillas del lago, llevando armas dos de ellos. A los diez minutos volvieron trayendo cada uno su brazado de maleza. Encendióse otra vez una fogata y á su reflejo ví ocho ó diez lobos á unos quince pasos á lo mas y otros muchos á retaguardia. Al punto les disparé los dos tiros de mi escopeta; mis compañeros dispararon también y los hambrientos lobos desaparecieron dando espantosos aullidos.

Túvose la hoguera encendida algún tiempo todavía y nadie abandonó su puesto durante el resto de la noche. Al alba, reconociendo el campo de batalla, encontramos ocho lobos muertos; otros fueron heridos como lo probaban los regueros de sangre que habían dejado en la arena. Nuestros compañeros tomaron por trofeos de la victoria las pieles de los muertos. Los kalkas me dijeron que los lobos devoraban gran número de sus caballos y demás ganado, pues eran innumerables en aquel país y no dejarían de molestarte en todo el curso de mi viaje.

Dos días después, el desierto nos ofreció otro encuentro: nos hallábamos en una meseta desnuda sembrada de numerosos ejemplares de ágata y calcedonia de bella cualidad como también de muchos fragmentos de sardónica. Prolinencias poco elevadas de roca purpurina y negra con pintas de rojo vivo alteraban la superficie, y nuestra marcha era por demás penosa sobre un piso tan desigual y escabroso. No es esto todo: por aquel suelo de piedra se arrastraban multitud de serpientes que anidan en las quebras de las rocas; los mismos reptiles nos advirtieron el peligro silbando á nuestro paso y asomando sus repugnantes y aplastadas cabezas por entre los riscos. Algunas huyeron, muchas permanecieron tranquilas y no pocas fueron partidas en dos por nuestra gente. El hombre que pasara una noche en aquel paraje tendría muy luego en su cama una compañía poco agradable. Yo pude observar cuatro variedades entre aquellos reptiles: una negra de 3 ó 4 pies de longitud y poco mas de 1 pulgada de diámetro: sus individuos son estremadamente ágiles. Otra de color gris pizarreño, de 2 ó 3 pies de longitud y de menor diámetro que la anterior: esta especie era numerosa y casi imperceptible siendo del mismo color del suelo. Otras eran de un verde ceniciento, ó negras

con pintas carmeses en los lados de un brillo extraordinario.

Un momento después, me ocupaba yo en examinar las rocas y en arrancar algunos fragmentos de cristal verde amarillo; mis instrumentos geológicos se mellaban como si fueran de plomo en aquella durísima roca, cuando se sintió junto á nosotros un repentino clamor y ví dos kalkas huir á cierta distancia mirando siempre á un punto determinado. Muy pronto los alcanzamos y nos indicaron entonces á diez *yardas* delante de nosotros la causa de su espanto: era un monstruo en forma de enorme serpiente enroscada en una roca, con la cabeza erguida, los ojos fulgurantes y silbando espantosamente: los kalkas sabían que su mordisco era venenoso y solo pensaban en poner tierra por medio.

Pero yo tomé mi escopeta que llevaba siempre á la bandolera, y apunte al fiero reptil apoyando el pulso en una roca. Al mismo tiempo ocultó su cabeza la serpiente espiándonos al través de un repliegue del terreno. Tchuck-a-bua dió hácia la fiera dos ó tres pasos, y entonces volvió á levantar la cabeza manifestando su desconfianza con agudísimos silbidos. Puse yo entonces el punto de mi escopeta en su cabeza, disparé y el mensajero de plomo hizo su oficio. El reptil saltó de la roca en que estaba enroscado, pero con la cabeza deshecha y retorciéndose en mil roscas y nudos. Mi gente se le fué encima con sus látigos; pero á pesar de sus golpes redoblados, el animal estuvo removiéndose aun por espacio de diez minutos.

Estendido en toda su longitud, medía 5 pies y medio sin contar la cabeza, y 4 pulgadas y cuarta de circunferencia. Su color era muy oscuro, con manchas verdes y rojas en los lados. Todo revelaba en su cuerpo, si puedo explicarme así, un veneno mortal. Después continuamos nuestra marcha á pie por espacio de dos *verstas*, por las malezas del terreno que herían el casco de nuestras cabalgaduras. Un gran número de reptiles de la especie gris pizarreña encontramos á nuestro paso, y dos ó tres de la especie negra; pero no vimos ya ninguna de las otras dos variedades. A las rocas que acabábamos de atravesar sucedió una llanura de arena que se extendía á una distancia considerable.

El día estaba muy adelantado ya, por lo cual era de toda necesidad forzar la marcha. Por ninguna parte se veía ni yerba ni agua, y era preciso hallar ambas cosas antes de la noche. Después de haber galopado algo mas de dos horas, encontramos algunas manchas del musgo ordinario de las estepas y algunos matorrales espinosos con flores amarillas y purpúreas, semejantes por su tamaño y forma á las rosas silvestres. Continuando nuestro camino, encontramos luego un valle que se extendía al Oeste, y en cuyo fondo una argentada cinta nos anunciaba lo que ade-

más necesitábamos; agua. Los caballos enderezaron las orejas y alargaron el cuello relinchando al bajar al valle cubierto de verde yerba. Nosotros nos dirigimos al paraje mas inmediato donde descubrimos los matorrales que crecían á la orilla del río. Media hora después, todos nos mirábamos en el cristal del agua, con íntimo reconocimiento en el corazón. Los hombres como los animales se precipitaron en el lecho del agua á fin de apagar su ardiente sed. El río tendría unos 20 metros de anchura por 2 ó 3 de profundidad: corría perezosamente hácia el Oeste. Pero ¿iba á confluír al Djabakan ó al Kora-noor? Los kalkas no lo sabían, ignorando también su nombre.

Esta ignorancia no nos impidió acampar á la orilla de aquella corriente, y después de haber tomado todas las precauciones de prudencia, pasamos una noche tranquila.

El día siguiente había en toda la estension del río una espesa niebla que fue desvaneciéndose gradualmente y nos anunciaba un día cálido. Mi escolta se dividió, porque los kalkas tenían que volver á su *aul* y los demás seguían conmigo en busca del río Djabakan, principal arteria de la cuenca inexplorada aun del Ilca-Aral-noor. Despedímonos, pues, y no sin pesar me separé de aquellos compañeros de fatigas y peligros. Ninguno de los que quedaban conocía el país que teníamos que atravesar. Yo sabía solamente que siguiendo la dirección del Sudoeste caeríamos al fin al Djabakan.

Efectivamente, después de algunas vacilaciones y de dos días de camino, llegamos á un ancho valle donde descubrimos al fin el Djabakan que corría á poca distancia de allí: al poco tiempo estábamos en sus orillas. Por aquel punto es una profunda corriente de unos 200 metros de anchura y de poca velocidad. Tres de mis hombres fueron de caza, volviendo después de un largo paseo sin haber encontrado un pelo ni una pluma: en cambio nuestros caballos tenían yerba en abundancia. Por la noche los pusimos á buen recaudo cerca de nosotros, tomando todas las precauciones convenientes contra los lobos, porque al decir de los kalkas, estábamos en un paraje donde eran tan numerosos como fieros. La noche pasó sin verlos ni oírlos. El sol salió despejado y bello, lo que hacía muy agradable el paseo por las orillas del río. Tchuck-a-bua lo atravesó primeramente y halló que era fácil tomar tierra en la opuesta márgen. Cuando volvió, tomó mi ropa, y echándosela al hombro, montó otro caballo y pasó; después cuatro hombres mas; luego otros tres, llevando mis armas y utensilios en alto. En pocos viajes se trasportó mi bagaje allende el río, cuyo origen arranca en los montes Kurus, cerca de las vertientes del Salenga, llevando un gran caudal al Ilca-Aral-noor.

Cuando hubimos pasado todos, sanos y salvos, nos

preparamos á atravesar una llanura de terrible aspecto, á fin de ganar la región donde, según nuestros mapas, debía elevarse el gran Altai. Hallámonos en una estepa arenosa y cansada, sección del desierto de Sarkha que es parte de la tierra de Gobi. La vegetación era tan ruin que ni aun había yerba de estepa. Únicamente la sosa crecía en anchas zonas alrededor de los lagos salados: su color varía desde el naranja hasta el carmesí oscuro. Estos lagos tienen el mas singular aspecto vistos desde lejos. El esplendor de la sal cristalizada que refleja el color carmesí de las flores inmediatas, les da, al ponerse y al salir el sol, el aspecto de un suntuoso engaste de rubíes y diamantes. Un silencio profundo reina en estas vastas y áridas llanuras, igualmente desiertas para los hombres que para los pájaros y cuadrúpedos. Háblase de las soledades de los bosques: yo he cabalgado bajo sus sombrías bóvedas días enteros; pero oía allí los suspiros de la brisa, el murmurio de las hojas, el crujido de las ramas. Alguna vez también la caída de uno de esos gigantes de la naturaleza, muerto de vetustez, despertaba remotamente los ecos, ahuyentaba de sus guaridas á los huéspedes del bosque, y arrancaba gritos de espanto á los fugitivos pájaros. Esta no era una soledad: los árboles tienen un lenguaje que el hombre reconoce á lo lejos; pero en estos desiertos ningún ruido interrumpe aquel silencio de muerte.

En toda la jornada no vimos ni abrigo ni alimento para un pájaro ó para un gamo, y no sin dificultad encontramos brozas para cocer nuestra cena. Así que juzgando que la aridez de la tierra era suficiente protección, no tomamos precauciones ningunas contra lobos ni kirghis. La noche pasó, en efecto, sin contratiempo, y la mañana vino á convidarnos á partir. Los caballos recibieron su escasa provision desde el alba y podían hacer una marcha. A las 10 *verstas* de nuestro punto de partida descubrimos un bosque de cañas y muy luego un manto de agua rodeado de plantas acuáticas que se alzaban sobre nuestras cabezas, aunque estábamos á caballo, pues yo me puse de pie sobre mi silla sin poder descubrir el lago. Volviendo hácia el Sur continuamos por la orilla con la esperanza de encontrar un claro que nos permitiera echar una ojeada completa sobre el lago; pero así anduvimos tres horas y no pudimos conseguirlo. Esta exploración nos llevó, en fin, á su estremidad Sur, donde encontré una márgen arenosa de una media *versta* sin una sola caña.

La arena estaba allí elevada en terraplenes circulares, de los cuales tenían algunos de 15 á 20 pies de altura, y estendiéndose hasta perderse de vista en el desierto otros muchos de todas dimensiones. Vistos desde lo alto de uno de los mas considerables ofrecían la singular apariencia de una inmensa necrópolis con sus innumerables *tumuli*. Desde allí también pude

echar una ojeada sobre el lago en direccion del Norte. Véanse á gran distancia tres islotes casi á flor de agua; la estremidad Norte del lago era invisible, porque la orilla es muy baja; una parte de su contorno aparecia al Oeste despues desaparecia á lo lejos en una línea imperceptible.

Mientras que yo bosquejaba este cuadro fui testigo de la formacion de un huracan por cima de las aguas

en direccion del Norte á nosotros. Los kosacos y Tchuck-a-bua corrieron á poner los caballos al abrigo detrás del cañaveral, quedando dos hombres conmigo. La tempestad avanzaba con rapidez espantosa lanzando al espacio enormes masas de agua y derribando á su paso la vegetacion. Véase un gran surco espumoso correr por medio del lago y á una media *versta* de distancia oimos ya rugir al huracan. Mi gente me



Un gefe kirghis en el interior de su *yurta*.

gritaba que me alejase, y cogiendo mis bosquejos y utensilios, corrí á guarecerme con ella bajo el bosque de cañas. Apenas tuve tiempo para llegar: el huracan pasó doblando hasta el suelo las cañas, los arbustos, cuanto se alzaba sobre el suelo. Cuando entró en las arenas de la estepa, comenzó á remolinear levantando al espacio montículos enteros y trasportando otros á donde no los habia: fácil era comprender entonces á qué son debidos nuestros pretendidos sepulcros de tierra. La tempestad fue de corta duracion: en un cuarto de hora habia pasado y todo estaba tranquilo como antes.

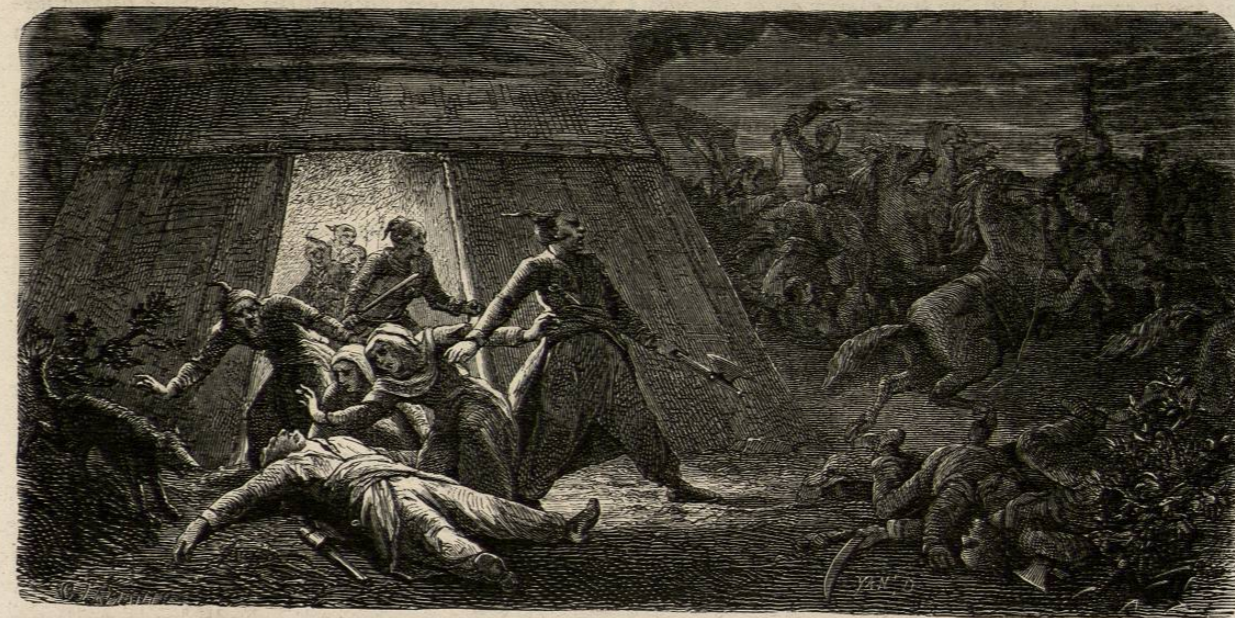
Nada es mas peligroso que esta especie de tromba

en la llanura. Despues he visto yo descender montañas ó elevarse del fondo de una garganta profunda, bajo la forma de una masa negra, compacta, de un diámetro de 1,000 metros y mas, corriendo sobre la estepa con la velocidad de un caballo desbocado. Todos los animales, domésticos ó salvajes, huían delante de ella, porque una vez envueltos en su esfera de accion son infaliblemente perdidos. Por lo demás, yo no he visto ninguno de esos tan espantosos fenómenos durar mas de algunos minutos.

El día y la noche pasaron; despues pasó otra noche. Las rosadas tintas de la mañana anunciaban un sol brillante y un bello día. Miré nuestras carabinas

y noté que las habian limpiado en la prevision de un día de caza, habiéndose observado el día anterior en la arena huellas de jabalí y otros animales. Almorzamos prístamente y todo dispuesto, decidimos salir á caza de jabalíes, quedando dos hombres armados en el campamento para el caso de que los kirghis nos descubrieran. Una hora despues de salir el sol, atravesábamos el valle en la direccion en que los kosacos habian notado la pista de la caza. En frente de nosotros habia un espeso matorral á donde nos encaminamos; y no bien hubimos penetrado en él, numerosos

jabalíes saltaron de sus camas. El movimiento de las matas nos indicaba la direccion que llevaban y los perseguimos hasta tenerlos á descubierto. Dos enormes animales de cabeza gris oscura aparecieron á unos 200 metros de delantera. Dimos tras de ellos vivamente, y despues de una carrera de una *versta*, se emboscaron en unos yerbazales. Por algunos minutos perdimos la pista de nuestra caza; pero muy luego la levantó un calmuco á poca distancia de nosotros. Todos aprestamos nuestras carabinas y nos lanzamos á rienda suelta detrás de los jabalíes. Muy en breve



Baranta ó asalto de un *aul kirghis*.

los adelantamos, y cuando estuvimos á unos 50 metros de ellos, un cosaco y yo saltamos en tierra y disparamos: uno de los jabalíes fue herido, y mientras nosotros volvíamos á cargar, nuestros compañeros siguieron persiguiéndolos y disparando sobre ellos. Montamos otra vez y fuimos tambien detrás. Los jabalíes se habian separado: el uno se apartó del río y se lanzó por el valle perseguido por dos hombres; el otro huía por terreno descubierto, donde nosotros lo perseguimos con ventaja. Al llegar junto á él, vi sus enormes dientes y oi sus rabiosos gruñidos, por lo cual juzgué muy peligroso emprender una lucha muy de cerca. Un cosaco disparó sobre él certeramente; pero el animal no se detuvo. Tocando á mi caballo con el extremo de mi látigo, me hallé en un instante á 20 pasos al través del jabalí. Su carrera era ya fatigosa, y pude fácilmente adelantarme y dispararle un tiro que dirigió hácia su cabeza. No acerté en la puntería; pero la bala le entró por el codillo obligándolo á

detenerse un momento. Entonces dejé la carabina y tomando una pistola seguí galopando al lado del herido.

Como yo era bastante hábil en tirar al galope, detuve mi caballo á 6 ú 8 pasos del jabalí. Despues de haber corrido largo tiempo todavía, le hice fuego, pero inútilmente. Volví á disparar en seguida. Entonces ya el jabalí vaciló y cayó. El cosaco y un calmuco acudieron inmediatamente: echamos pie á tierra y vimos que mi última bala le habia entrado por encima del ojo. El jabalí era de una corpulencia considerable: segun el cosaco pesaria 9 *poods*, ó sean 324 libras; sus enormes dientes tan tajantes como cuchillos hubieran sido armas terribles en caso de lucha con un hombre ó con un caballo. Un calmuco tuvo que volver al campamento á fin de hacer venir otro hombre mas y caballos para llevar nuestra presa. Entre tanto el cosaco y otro compañero de Tchuck-a-bua, mataron un segundo jabalí aun mas grande que

el primero, y todos volvimos triunfantes al campamento.

Como en esta cacería invertimos la mitad del día, se decidió dar algún descanso á los caballos, cenar mientras tanto nosotros, y continuar luego nuestro viaje.

El valle que quería yo subir se había estrechado progresivamente. Deseando echar una ojeada sobre el país, trepé á una de las alturas que lo encajonaban en compañía de un cosaco y de Tchuck-a-bua. Desde la cima podía estenderse la vista por una gran parte del desierto de Sarkha, y me cercioré de que no existe el gran Altai, sino solamente una cadena de alturas que corren hácia el Sur á perderse en el desierto de Gobi. Examinando el país noté al Este y á bastante distancia una columna de humo: no podía indicar la presencia de los kirghis, porque éstos están mas lejos al Oeste, creía también difícil que pudiera haber kalkas en aquella dirección; pero como se distinguían cuando menos dos ó tres hogueras, precisamente debía haber allí alguien. Continuamos, pues, por las crestas de las colinas por espacio de muchas *verstas*, echando de vez en cuando una mirada á las humaradas. En esta dirección encontramos luego un camino trillado, el camino de las caravanas que atraviesan el desierto del Gobi. Esto vino á darnos la explicación del humo: una caravana había hecho alto la noche anterior en aquel paraje. Desde nuestra elevada posición teníamos también á la vista el Ilka-Aral-Noor brillante á los últimos rayos del sol. Otro lago de extensión considerable aparecía aun no lejos de las hogueras de la caravana. A fin de reunirnos con nuestros compañeros descendimos al valle, con intención de acampar en el primer paraje favorable. Uno de los kosacos, enviado de explorador anteriormente, volvió sin retardo anunciándonos que había encontrado un sitio conveniente para pasar la noche.

Era de todo punto necesario estar alerta porque nos acercábamos á los nómadas, y los de aquel distrito tienen en verdad mala fama. Sin embargo, nada anunciaba su presencia en las inmediaciones; pero los kosacos y los calmuco eran de parecer que podían haber visto el humo de nuestro fuego. Echáronse á pacer los caballos hasta la noche, atándolos entonces cerca de nosotros, y dos centinelas, que debían relevarse cada dos horas, quedaron guardándolos. Era una precaución muy importante en la cual todos estábamos muy interesados; porque era indudable que si perdíamos los caballos, nuestros enemigos darían cuenta de nosotros.

La noche, por fortuna, pasó tranquilamente y una bella mañana nos anunció un día cálido.

Después de haber examinado un mapa, me determiné á caminar aun un día ó dos hácia el Sur, después torcer al Oeste á fin de ir al río Ourangur: así

entraría en el desierto de Gobi al Norte de la gran cadena del *Thian-chan* de nuestros mapas, nombre completamente desconocido de los indígenas que llaman á estas montañas Sian-Shan, como yo diré en lo sucesivo. Es la cadena mas grande del Asia Central, sobre cuyo eje se elevan la enorme masa del Bogda-Oola y las volcánicas cimas del Pe-Shan y del Ho-Theon, los tres objetos de mi escursión en aquellas lúgubres regiones. Antes de arrostrarlo pensé maduramente en el peligro á que me esponía, y tomé mi determinación sin cuidarme de fatigas ni dificultades: el miedo de los salteadores no me hubiera de ningún modo impedido bosquejar esas cimas que ningún europeo había entrevisto siquiera. También quería adquirir datos geográficos, cuya exactitud reconocerán sin duda los viajeros que me sucedan.

La Tartaria china.—La cuna de las invasiones.—Volcanes.
Tribus de kirghis.—Sultanes y bandidos.

El país tomaba un aspecto cada vez mas estéril, á medida que adelantábamos hácia el Sur. No se encontraba un tallo de yerba sino en algunos angostos valles y aun allí el musgo era corto, débil, ruín: solo algunos riachuelos encontramos á nuestro paso, lo que era siempre para nosotros una gran fortuna, porque nos era absolutamente necesario tener agua y yerba para poder pernoctar en un paraje. Largas horas corrieron así en la monótona travesía de los mismos valles y de las mismas colinas. A veces un accidente del terreno nos permitía estender la vista por el desierto de Sarkha, inmenso arenal amarillento con sus montecillos rojizos esparcidos en medio de las estepas. Llegamos, por fin, á un sitio desde donde podíamos seguir el curso del río Djabakan marcado en la llanura por una doble faja de vegetación que á lo lejos nos parecía negra.

Al Este de aquel sitio se estiende el Gobi con sus undulaciones numerosas, hasta perderse en lontananza en el seno de un ligero vapor azulado. Al Sur se descubren los nevados picos del Sian-Shan con el Bogda-Oola que á todos los domina. La vista de aquellas blancas cimas me inspiró el deseo de bajar á la llanura á fin de diseñar desde el fondo de la estepa sus gigantescas masas. En vano me esforcé en distinguir el Ho-Tcheon ó volcán *Turfan* entre la infinidad de cumbres que se alzaban ante mí; pero no era tampoco fácil, á menos que no se anunciara el mismo por las llamas ó humo de su cráter.

Durante este tiempo descendíamos hácia la estepa que en otro tiempo pisaran las hordas asiáticas en su invasión al Oeste. El recuerdo de aquel desbordamiento de pueblos nómadas que revolviéron tantas veces las capas sociales del viejo mundo, y la lejana vista de aquella cadena volcánica, cuya inmensa distancia de la mar es uno de los mas notables fenómenos de la

geografía física, me abismaron en largas y profundas meditaciones. Recordaba que, según los historiadores chinos, una erupción terrible del Sian-Shan había alumbrado ochenta y nueve años antes de nuestra era, la fuga de los hiongnus hácia el Occidente, y que cuando el general chino Theon-Hian, atravesó aquellas montañas en su persecución, vió «picos inflamados de donde salían masas de piedras licuefactas que formaban torrentes de fuego de muchas *li* de longitud.»

Un cosaco me sacó de mi abstracción haciéndome notar una columna de humo á gran distancia hácia el Oeste. El humo provenía indudablemente de un campamento de kirghis y desde entonces era necesario estar alerta, porque, acampados como estaban al Oeste de nuestro camino, no dejarían de descubrir el humo de nuestro campamento. Por consiguiente, á la caída del día se reunieron los caballos y ataron junto á nosotros poniéndoles sus vigilantes. Todos teníamos las armas al alcance de la mano para prevenir una sorpresa nocturna, y sabíamos todos que solo de nosotros dependía nuestra salvación, pues nadie había de venir en nuestro auxilio, que la misma suerte nos cabría á todos y que había de quedar para siempre acaso envuelta en el misterio. Razones eran estas harto poderosas para infundirnos valor y tenernos vigilantes. Sin embargo, apenas cenamos nos acostamos en nuestras mantas y algunos echaron á roncar muy luego: yo mismo, después de haber buscado el camino que habíamos de seguir, me dormí como los otros.

Cuando me desperté, comenzaba á apuntar el día: un débil resplandor se veía por el Oriente y fue creciendo hasta que apareció el sol bañando las altas crestas con los purpúreos rayos de su lumbre.

A tres leguas de nuestro campamento fuimos agradablemente sorprendidos por la aparición de una montaña de aspecto singular situada á corta distancia hácia el Sureste. Hubiérase dicho que era una gigantesca cúpula. Su exploración no podía absorber mucho tiempo y yo estaba ansioso de examinarla de cerca. Acercámonos, pues, y observamos que las cercanías estaban entrecortadas de barrancos: avanzamos por uno de ellos que conducía al gran cimborio que había escitado nuestra curiosidad. Después de una marcha de tres *verstas* observé que el fondo del barranco estaba cubierto de una sustancia negra de un carácter particular.

Dejé atrás mi escolta y con tres de mis hombres me dejé caer á lo largo de una pared del barranco en cuyo fondo hallé una erupción de lava quebrada donde apenas podíamos fijar los pies. Esta sustancia había salido por muchas bocas abiertas en los flancos de la montaña, como fácilmente se conocía á la primera mirada. Toda esta masa volcánica tenía un tinte negro mezclado de gris rojizo. A mi parecer había

sido elevada á un estado de consistencia casi líquida y bajo la forma de una enorme burbuja de aire, habiéndose hendido en todas direcciones sin seguir líneas regulares. Después de un exámen minucioso, deduje que toda la capa exterior era de naturaleza basáltica. Allí encontré dos ó tres muestras de olivina ó cristalizaciones verdosas; en algunos sitios esta sustancia penetraba al parecer, en la masa volcánica, pero por mezquinos filones. No hay duda que todo aquello era el embrión de un volcán; pero la materia líquida debía haber encontrado su salida por otra parte. Ni una hoja de yerba encontramos en la cima del monte á donde un cosaco y yo conseguimos subir no sin dificultades ni fatiga.

Desde allí pude observar que no formaba un círculo regular, sino una elipse cuyo mas largo diámetro tendría unos 400 metros, y el mas corto unos 320. Muchas horas gasté en estudiar aquella singular muestra geológica y observé otra formación idéntica á una distancia de 20 ó 25 *verstas* al Sureste (21 kilóm. 340 m. á 26 kilóm. 675 m.) Dirigiéndonos á aquel lado, descubrimos un *aul* en medio de unas alturas poco considerables y muy luego nos encontramos en medio de una multitud de caballos y camellos guardados por kirghis, armados de sendas hachas de combate pendientes de sus sillas. ¿Eran para protegerse contra los hombres ó las fieras? No lo sabíamos. Uno de ellos nos indicó la dirección del *aul* del jefe, abandonándonos después para adelantárenos á galope. Sin duda la vista de nuestras armas nos hizo sospechosos y se apresuró á dar aviso al sultán para que nos hiciera la recepción conveniente.

Una marcha de algunos minutos nos condujo á una pequeña eminencia desde cuya altura se distinguía el *aul*, situado á la margen de un riachuelo en el fondo de un valle. Las *yurtas* estaban poco mas ó menos á 1 *versta* de un lago que tendría 4 ó 5 de largo por 1 y media de ancho. Por un lado el lago estaba rodeado de un bosquecillo de cañas; por el otro se veía un fértil prado de musgo donde pacían millares de reses de ganado menor. En él vimos también que muchos hombres montaban á caballo para salir á nuestro encuentro con una misión evidentemente pacífica. Cuando estuvieron cerca de nosotros, uno de los ginetes se adelantó hácia mí, y estendiendo su mano sobre mi pecho, me dijo: *Aman*. Yo hice lo mismo y continuamos nuestra marcha. A medida que nos acercábamos al *aul*, notábamos en él un movimiento creciente. Dos kirghis mas acudieron á galope; otros continuaron en sus faenas. Nuestra escolta nos guió á una gran *yurta* en cuya puerta había clavada una lanza de que pendía una cola de caballo, sujeta á su cuchilla. Allí había un hombre de respetable presencia, el cual tomó las riendas de mi caballo, me dió la mano para bajar y me introdujo en la *yurta*.